

UN ARMARIO QUE SE VA DESVELANDO por Goya Gutiérrez

ANTONIO GAMONEDA, Premio Cervantes del 2006, entre otros, por su obra poética, es el autor de estas memorias que abarcan el tiempo de su niñez y adolescencia hasta los catorce años, y en el contexto básicamente de León junto a la madre, al morir su padre cuando el poeta contaba dos años. Memorias que comprenden aproximadamente los años 1934 al 1945, y que coinciden con los años que precedieron a la Guerra Civil española, con ésta y parte de la posguerra. El autor nos advierte al final del libro, que su contenido es ajeno a la ficción, aunque no haya podido sustraerse al pensamiento poético, porque éste constituye para él una forma de existir. Nos confiesa también que la intención que ha motivado esta escritura ha sido: “Penetrar en el olvido y hacer intelectual y sentimentalmente presente lo que parecía no estar ya en mí ni en nadie; reunirme, desnudo y único, con un yo mismo que, a la vez, es un extraño” (p.236).

Así, desde un lenguaje desnudo de artificio y bastante directo, pero no exento de sensibilidad, decoro, sentimiento y tensión, el autor nos invita a regresar a aquel tiempo y a aquellos lugares que corresponden ya a nuestra memoria colectiva. El relato está narrado a través de la óptica personal e individual del niño que experimentó y observó las circunstancias que le tocaron vivir, y del adulto desde cuya perspectiva las está reviviendo, convocándolas y convocándonos, como en un viejo ritual, para hacerlas presentes.

“*Un armario lleno de sombra*”, que da título al libro, se convierte en la metáfora de aquellas vivencias oscuras y secretas, que permanecen latentes en nuestra memoria, o a veces incluso inconscientes, y que por terribles y traumáticas, las alejamos de nuestra conciencia, defendiéndonos del dolor que nos causan, y no osamos verbalizarlas, o materializarlas racionalmente. Pero en este libro, ese armario nos abrirá sus puertas y poco a poco se nos irá desvelando y desvelándose una existencia, a través de circunstancias clave y anécdotas relevantes, que van surgiendo en el relato de forma un tanto espontánea, como a veces surgen los recuerdos. Éstos tienen como testigo directo de los hechos los ojos, los oídos, el olfato y la intuición del niño, pero también la reflexión y la información posterior al hecho experimentado, de quien las está narrando.

En el relato se hace patente la importancia que toman los sentidos para atrapar los recuerdos y traerlos al presente. Así los ojos del niño, futuro poeta, que ha aprendido a leer los primeros fonemas y a experimentar el cuerpo musical de las palabras en el único libro de poemas de su padre “Una más alta vida”, se hechizan también ante el exultante colorido de las vidrieras de la casa familiar, o ante las blancas extensiones de nieve en la Carretera de Zamora; pero también escrutan amagados tras los cristales entre las cortinas de la casa del Comandante Navas, a los prisioneros de Puerta Castillo, obligados a permanecer en el patio durante todo el día, pese a las bajas temperaturas del invierno leonés, lugar en donde, nos confiesa el autor haberlo descubierto más tarde, se daban las ejecuciones de “el garrote vil”. Esta prisión fue a partir de 1936 complementaria del penal mayor que era San Marcos, en donde se nos dice que fusilaban a personas sin previo juicio o se torturaba.

La mirada infantil también se recrea en la extremada hermosura de los bordados de encaje de la señora Ramona y de su persona. Y es el interés y la sorpresa del niño lo que lleva al narrador adulto a preguntarse: “¿Cómo en el interior de una silenciosa locura

podía surgir aquella creatividad?”. Pero la constatación de aquella negra existencia surge también al escuchar los continuos alaridos de la viuda loca. O los desolados gritos de vecinos olvidados en algún sótano. O el intenso olor a linaza que trae al recuerdo el sonido de aquella gramona de los refugiados, con los cuales llegaron a sumar en casa diez personas, y cuya llegada forzó a la madre y al hijo a buscar nuevo domicilio.

El niño toma conciencia de las circunstancias en que la pobreza y las escasas posibilidades de subsistencia obligan a la madre a relacionarse de alguna forma con el que más tarde sería Comandante Adolfo Fernández Navas, familiar lejano de la madre. Al parecer Navas había perdido una pierna durante la revolución de 1934 de los mineros de Asturias, y según explica la leyenda, al ser Navas nombrado juez instructor y durante los juicios sumarísimos, dictaba las penas de muerte dependiendo de que aquel día le doliera o no el muñón. No obstante, la madre acudió al matrimonio Navas-Nice a fin de ingresar al poeta en los agustinos de forma gratuita, ya que los institutos y centros no religiosos permanecían bajo sospecha. Este colegio sería también el escenario de la agresividad que flotaba en el ambiente: “Allí había más que brutalidad, se trataba de sadismo” (p.189). Son de destacar en este contexto las figuras de Fray Manuel, personaje extremadamente violento, o la del padre Anacleto, profesor de francés, que de forma humillante obliga al niño a permanecer de pie en las clases por la falta del libro de texto, sin preguntar ni preguntarse, si su ausencia era debida a la evidente penuria. O la crueldad de Ramón, un compañero de clase que hacía correr la voz de que el niño iba calzado con zapatos de mujer, y que según se relata, se trataba de los zapatos de la abuela ligeramente rebajados en el tacón.

Y con esa agresividad de los vencedores respecto a los vencidos que se manifestaba en formas diversas, parece relacionarse el estremecedor espectáculo que los ojos del niño presencian cuando la madre, sobre la taja de madera ondulada, desata aquella fuerza oprimida, que conlleva las muchas privaciones e injusticias, y que se canaliza a través de las manos y las venas azuladas, por la enérgica actividad en el lavado de las ropas, con jabón elaborado en casa a base de sosa y grasas de animales enfermos. De forma que ambos elementos, la energía frenética de las manos y el jabón, debían dejar a las ropas, de una extremada blancura, en un intento metafórico, quizás inconsciente, de huir de la negrura que los cercaba.

El relato muestra también la especial sensibilidad del niño que tiene ensueños o visiones, puede que en ocasiones motivadas por una salud quebradiza. Son de destacar las ensoñaciones en la cueva de Valporquero, en donde perdido, se duerme, para dar paso a las imágenes surrealistas que en su fantasía y encubrimiento muestran el rechazo de una realidad, que no oculta la imagen siempre presente del rostro de la madre, de su olor, de la conciencia de su sufrimiento.

Auténtico testimonio de las vivencias de una niñez, dentro de un periodo que pertenece a nuestra memoria colectiva, que nos reúne y nos incita a no olvidar el pasado, haciéndonos sentir pero también comprender las experiencias dolorosas que se derivan de los errores que ya forman parte de nuestra herencia histórica y cultural.

Antonio Gamoneda

“Un armario lleno de sombra”

Galaxia Gutenberg, Barcelona 2009

GOYA GUTIÉRREZ